

CAPÍTULO VIII.

CORTA LA CÓLERA DEL MAGISTRAL UN HUÉSPED NO ESPERADO,
PIEZA MUY DIVERTIDA QUE A TAL TIEMPO LLEGÓ
CASA DE ANTON ZOTES.

AL tercer *tú* del celoso y entendido magistral, quiso Dios ó la buena fortuna del bendito Fray Gerundio (el cual estaba ya tamañito, viendo al tío que lo tomaba en tono tan alto, y desengañado), que entró por la puerta del corral, y se apeó en el zaguan de la casa con mucho estrépito de caballos, relinchos, lacayo, ayuda de cámara y acompañamiento, un huésped repentino, que ni se esperaba ni se podía pensar en él. Era cierto caballero jóven, bien puesto, de bastante desembarazo, vecino de una ciudad no distante de Campazas, que habia estado en la Côte largo tiempo en seguimiento de un pleito de entidad, para el cual le habia servido el magistral (aunque no le conocia) con varias cartas de recomendacion que le habian valido mucho: y noticioso por una casualidad de que su protector se hallaba en aquel lugar, torció el camino, y á costa de un corto rodeo, le pareció razon y aún obligacion precisa ir á dar gracias á quien tanto le habia favorecido.

Llamábase *Don Carlos* el sugeto de esta historia, y como por una parte no era del todo lerdo, y por

otra habia estado tan despacio en Madrid, frecuentando tocadores, calentando sitiales, asistiendo al patio de los consejos, dejándose ver en los corrales del palacio, y no dejando de tener alguna introduccion en las Covachuelas, se le habia pegado fuertemente el aire en la gran moda: hacia cortesías á la francesa, hablaba en español del mismo modo, afectando los rodeos del francesismo, y hasta el mismo modo dialéctico y retintin, con que lo hablan los de aquella nacion. Se le habian hecho familiares sus frases, sus expresiones, sus locuciones y sus modos de explicarse, ya por haberlas oido frecuentemente en las conversaciones de la corte, ya por haberlas observado en los sermones de aquellos famosos predicadores, que á la sazón daban la ley y eran celebrados en ella, ya por haberlas leído en los mismos libros franceses, que construía ó entendía medianamente; ya tambien por haberlas aprendido en las obras de los malos traductores, de que por nuestros pecados hay tanta epidemia en estos desgraciados tiempos; en fin, nuestro D. Carlos parecia un *Monsieur* hecho y derecho; y por lo que tocaba á él, de buena gana trocaria por un *Monsieur* todos los dones y tutujuleques del mundo; tanto que hasta los dones del Espíritu Santo le sonarian mejor, y acaso les solicitaria con mayor empeño, si se llamasen *Monsieures*.

Luego que se apeó y fué recibido de Anton Zotes, con aquel agasajo y cariño que llevaba de suyo su natural bondad, le preguntó D. Carlos, si estaba en aquel villaje ó en aquella casa *Monsieur* el teologal de Leon. Sí, Señoría, respondió el tío Anton Zotes,

dándole desde luego el tratamiento que le pareció correspondía á un hombre que traía lacayo y repostero; y porque no entendía lo que significaba *Monsieur el teologal*, pero conoció que sin duda, aquel extranjero preguntaba por su primo *Monsieur el teologal*; añadió D. Carlos. *Es uno de mis mayores amigos, y aunque no he tenido el honor de conocerlo, estoy reconocido á su bondad hasta el exceso. Suplico á V., que se tome la pena de conducirme ante todas cosas á su cámara, retrete ó apartamiento.*

El bonazo del tío Anton Zotes, que jamás había oído hablar aquella gerigonza, como entendió cosa de cámara y retrete; ¿qué pensó? que á aquel pobre caballero se le ofrecía alguna urgencia natural, de las que dan pocas treguas, y quería desembarazarse de ella ántes de ver al magistral; y así con grandísimo candor le condujo á un cuarto estrecho y oscuro hácia la puerta falsa, que daba á la alcoba donde dormía su primo, y le dijo en voz sumisa; «Entré háí su «Usía, y á mano derecha encontrará lo que ha menester; porque ahí está la cámara de mi primo el «canónigo.» Avergonzóse un poco D. Carlos; pero como era mozo de despejo, volvió luego en sí, y dijo al tío Anton: *Bien se conoce que el huésped es un pobre burgués, y un miserable paisano; por ahora no he menester estos utensilios, lo que digo es, que me conduzga al cuarto ó sala del Sr. Magistral.* «Eso es «otra cosa, respondió el bonísimo de Anton; si su «Usía se hubiera espicado ansina, ya le hubiera «trado en ella sin arrodéos.»

Metióle en la sala donde estaba el magistral, con los demás que dijimos en el capítulo antecedente, y

entró en ella, al mismo tiempo que llegaba al tercer tú de su fogosa repasata, como lo dejó notado un manuscrito muy antiguo, que se guarda en el archivo de la Zotes, y tuvimos presente para sacar estas individualidades y menudencias de todos los lances sucedidos en esta ocasión en Campazas. Luego que vió el magistral delante de sí un caballero de tanto respeto, se levantó de su silla apresuradamente, y cuando le iba á hablar con la debida urbanidad, D. Carlos le atajó diciéndole: *No se dé V., Señor Magistral, la pena de incomodarse: yo me he tomado la libertad de entrar en esta casa á la francesa: esta es la gran moda; porque las maneras libres de esta nación han desterrado de la nuestra aquellos aires de servidumbre y de esclavitudinaje, que constriñendonos la libertad, no nos hacían honor. Yo soy furiosamente francés, aunque nacido en el seno del reino de Leon. Yo tengo el honor de venir á presentar á V. mis respetos y agradecimientos. Yo soy D. Carlos de Osorio, á quién V. tuvo la bondad de favorecer tanto con sus cartas de recomendación, y sería yo el más ingrato de todos los hombres, sino publicara altamente que á ellas es á quién debo la dicha de haber tenido la felicidad de haber ganado mi proceso: yo, Monseñor.*

El magistral, hombre ramplon, castellano macizo, leonés de cuatro suelas, y que aunque estaba más que medianamente versado en la lengua francesa, haciéndola toda la justicia que se merece, era muy amante de la suya propia, bien persuadido á que para maldita la cosa no necesitaba las ajenas, teniendo dentro de sí misma, cuanto ha menester para la copia, la propiedad, la hermosura y la elegancia: el magistral,

vuelvo á decir, se empalagó mucho desde el primer período, y desde luego le hubiera atajado con desprecio, á no haberlo contenido el respeto debido al nacimiento de D. Carlos, y la urbanidad con que debía tratar á un hombre que venia á buscarle por puro reconocimiento. No obstante se resolvió á divertirse un rato á su costa, con el mayor disimulo que pudiese, procurando templar la burla, sin descomponer la atención; y así le dijo: «Yo, Sr. D. Carlos, no soy «Monseñor, ni nunca lo he sido, venerando de tal manera á los que lo son, que sin envidiarles ese tratamiento por desconocido en España, me contento «con el que tuvieron mis padres y mis abuelos, y más «cuando no es menester ser Monseñor para ser servidor de V. de todas veras.» *Esos, Sr. Magistral, son perjuicios de la educación, y hace lástima que un hombre de las luces de V. se acomode á los sentimientos del bajo pueblo. Hoy los entendimientos del primer orden se han desnudado dichosamente de esas preocupaciones, y hallan más gracia en un Monsieur, que en un Don ó Señor, que en las naciones más cultivadas se aplica á un marchante, ó á cualquiera burgés: y no me negará V., que un Monsieur le Maner, un Monsieur Noboa, suena mejor que D. Fulano Maner, D. Zutano Noboa.*

«Como esto de sonar mejor es cosa respectiva á «los oídos, replicó el magistral, y ha habido hombre á quien sonaba mejor el relincho del caballo, «que la citara de Orfeo, no me empeñaré en negarlo ni concederlo; solo aseguro á V. que á mí, como buen español, nada me suena tan bien como «lo que está recibido en nuestra lengua, y esto es

«con ser así que no soy del todo peregrino en las «extranjerías.»

«*Oh, señor magistral, y qué domaje es que un hombre de las luces de V. se halle tan prevenido de los perjuicios nacionales!*» «Mi capacidad, ó mis alcances, respondió el magistral (pues supongo que «eso quiere decir V. cuando habla de mis luces), «no obstante de ser bien limitadas, me obligan á «decir, que es lijereza agena de nuestra gravedad «española, y desestimación injuriosa á nuestra lengua, introducir en ella voces que no necesita, y «modos de hablar que no la hacen falta. Pero en fin, «dejando á cada uno que hable como mejor le pareciere, V. no habrá comido, y ante todas cosas es «menester.» *Perdone V. señor magistral, interrumpió Don Carlos, ya hice esta diligencia en un pequeño villaje, que dista dos leguas de aquí, y así no es menester que nadie tome la pena de incomodarse.*

«Y no sé, dijo el familiar, que en estas cercanías «ni aún en todo el Páramo, haya ningún lugar que «se llame *villaje*.» Rióse Don Carlos de lo que le pareció simplicidad de aquel buen labrador, á quien no conocia, y dijole en tono algo desdeñoso: *Paisano, llámase villaje pequeño toda aldea ó lugar corto.* «Pero, señor Don Carlos, le replicó el magistral, si aldea ó lugar corto es lo mismo que *villaje* «¿qué gracia particular tiene *villaje*, para que le demos naturaleza en nuestra lengua?» *Oh, señor magistral, respondió Don Carlos, V. es diablamente castellano, y del aire que le veo, tampoco dará cuartel al libertinaje por disolución, al libertino por disoluto; al pavis por pavimento; á satisfacciones por gustos;*

á sentimientos *por dictámenes, máximas ó principios*; á moral evangélico, *por doctrina del Evangelio*; á no merece la pena, *por es digno de desprecio*; á acusar el recibo de una carta, *por avisar que se recibió*; á cantar, tocar, bailar á la perfeccion, *por cantar, tocar, bailar con primor*; á excitar el ministerio de la palabra de Dios, *por predicar*; á darse la pena, *por tomarse el trabajo*; á bellas letras, *por letras humanas*; á nada de nuevo ocurre en el dia, *en lugar de ahora no ocurre novedad*; á.....

«Tenga V. señor Don Carlos, le interrumpió el magistral, no se canse V. más, que seria interminable la enumeracion, si se empeñara V. en reconvenirme con todas las frases, voces y modos de hablar afrancesados, que se han introducido de poco tiempo acá en nuestra lengua, y cada dia se van introduciendo con mucha vanidad de los extranjeros, y no poco dolor de los españoles de juicio y de meollo. Dígole á V. que ni á esos ni á otros innumerables francesismos, que sin qué ni para qué se han metido de contrabando á desfigurar nuestra lengua, no daré jamás cuartel ni en mi conversacion ni en mis escritos.»

Pues poca fortuna hará V. en la Corte, respondió Don Carlos, y presto seria V. el juguete de las oficinas y de los tocadores, si se fuera allá con esos sentimientos. «Por lo que mira á los tocadores, dijo el magistral, pase, y convengo en que seria de los más mal recibidos: donde se halla tanto de *petibonets, surtus, ropas de chambre*, no puede esperar buena acogida el que llama cofias, sobretodos, y batas á todos esos muebles; pero en las oficinas no

«seria tan mal recibido, como á V. le parece; porque en ellas hay de todo. Es cierto que se encuentra tal cual de aquellos iniciados en la política, quiero decir de aquellos plumistas, aprendices de primera tonsura, que *anno non omplius uno, et minimo sudore, et amico ab homine salvo*, solo porque leyeron las obras de Feijoo, los libros de *Ciencia de Corte, el Espectáculo de la naturaleza, la Historia del pueblo de Dios*, y algunos otros pocos libros, que ahora son de moda, no solo se juzgan capaces de hablar con resolucion y con desenfado en todas las materias, sino que se imaginan con bastante autoridad para introducirnos aquellas voces extranjeras, que suenan mejor á sus mal templados oidos; y aunque las tengamos acá igualmente significativas, no hay que esperar se valgan de ellas, si ni aún se dignen de mirarlas á la cara. Estos si escriben una carta gratulatoria, no dirán: *Doy á V. mil enhorabuenas, por el nuevo empleo, que ha merecido á la piedad del Rey*, aunque les saquen un ojo; sino: *Felicito á V. por el justo honor con que el Rey ha premiado su distinguido mérito*. Si quieren expresar su complacencia á un amigo por algun feliz suceso, no tema V, que le digan pura y castellanamente: *Complázcome tanto en los gustos de V. como en los míos propios*: es menester afrancesar más la frase, y decir: *No hay en el mundo quien se interese más en las satisfacciones de V.: ellas tienen en mi estimacion el mismo lugar que las mias*. Escribir ó decir á uno: *Mande V. que le serviré en cuanto pudiese*, lo tendrán por vulgaridad y aldeanismo: *Cuente V. conmigo en todo trance*, es expresion que

«huele á Carte, y lo demás es de patanes. *Ese negocio no loca á mi departamento*, para explicar que no corresponde á su oficina, jamás se le olvidará. «*Ya está sobre el bufete*, para decir que ya está puesto al despacho, es cláusula muy corriente; y carta «he visto yo de cierto mojatinta, que decia: *Esa dependencia ya está sobre el tapiz*: cosa, que sobresaltó mucho al interesado, porque juzgó buenamente, que por hacer burla de él, lo habia retratado «de mamarracho en algun lienzo de tapicería.

«Digo pues, que con estos pocos oficiales iniciosos de covachuela, no lograria buen acogimiento «mi lenguaje ramplon y ceñido escrupulosamente á «las leyes de Covarrubias y á las de otros, que reconozco y venero por legítimos legisladores ó jueces «de la lengua castellana. Pero esta tiene tambien «otros muchos partidarios dentro de las mismas oficinas, pudiendo asegurar; que son los más y de «mejor voto que hay en todas ellas. Créame V. que «están llenas de hombres eruditos, cultivados y aún «doctos, amantísimos de nuestra lengua, bien instruidos de las riquezas que encierra, y bien persuadidos á que dentro de sus tesoros tienen sobrados «caudales para salir con lucimiento de cuantas urgencias se les pueden ofrecer, á excepcion de tales «cuales voces facultativas, y de otras pocas peculiares, que es preciso se presten unas á otras, sin «que se eximan aún de esa necesidad las primitivas matrices y originales. Cóntame que estos verdaderos españoles gimen ocultamente por haber «hallado ya entremetidas, y como vecindadas en «sus oficinas, muchas voces que pudieran y debieran

«haberse excusado, como *departamentos, inspeccion, aproches, glacis, bien entiendo que hacer el servicio, será responsable, inteligenciado el Rey, exigir del vasallo, y otras innumerables*, pues son tantas, que

Nec tot simul Apulia muscas

Arva ferant; nec tot vendat mendacia falsi

Institor unguenti; nec tot deliria libris

Adfuerit Logicis, Physicis, allisque Nôriseus.

«Bien quisieran ellos desterrarlas de sus mesas, de «sus cartas y de sus despachos; mas, ó no se hallan «con fuerzas para tanto, ó viéndolas ya como «naturalizadas en virtud de la posesion, aunque no «muy larga, no se quieren meter á disputarlas la «propiedad, ó en fin, las dejan correr por otros «motivos políticos, que á mí no me toca examinar. Pero «como quiera, esté V. persuadido, á que estos no «me recibirán mal ni me oirán con desagrado siempre que les hablaré como hablaron nuestros abuelos.

«A lo ménos, replicó Don Carlos, no saldré yo por garante, de que los traductores de los libros franceses hiciesen á V. buen cuartel; y en verdad, que estos no son ranas ni son en pequeño número, y que en la Corte hacen la más bella figura.

«Déjelo V. señor Don Carlos, déjelo por Dios, replicó el magistral. Un punto ha tocado V. en que no quisiera hablar; porque si me caliento un poco, «parlaré una librería entera; traductores de libros franceses; ¡traductores de libros franceses! No los llame V. así; llámelos V. traductores de su propia «lengua y corruptores de la agena; pues, como dice

«el italiano con gracia, los más no son traducción,
«sino traición á uno y otro idioma, á la reserva de
«muy pocos, *quos digito monstrare omni, vel cæco*
«*facile*. Todo el resto eche V. á pares y nones, y
«tenga entendido, que es la mayor peste que ha infi-
«cionado nuestro siglo.

«No piense V. que estoy mal, ni mucho ménos
«que desprecio á los que se dedican á este utilísimo
«y gloriosísimo trabajo; disto tanto de este concepto,
«que en el mio son dignos de la mayor estimación
«los que le desempeñan bien. En todos los siglos y
«en todas las naciones han consagrado los mayores
«aplausos á los buenos traductores, y no se han des-
«deñado de aplicarse á este ejercicio los hombres de
«la mayor estatura en la república de las letras. Ci-
«ceron, Quintiliano y aún el mismo Júlio César, en-
«riquecieron la lengua latina con la traducción de
«excelentes libros griegos; y á San Gerónimo le hizo
«más excelente, y le mereció el justo nombre de
«Doctor Máximo de la Iglesia, la versión de la Bi-
«blia, que llamamos *Vulgata*, más que sus doctos
«*Comentarios* sobre la Escritura, y los excelentes
«tratados, que escribió contra los herejes de su
«tiempo. Santo Tomás tradujo en latin los libros po-
«líticos de Aristóteles, y no le granjeó ménos con-
«cepto esta bella traducción, que su *summa Theo-*
«*logia*. Y á la verdad, si son tan beneméritos de su
«nación los que traen á ella las artes, las fábricas y
«las riquezas que se descubren en las extrañas;
«¿por qué lo han de ser ménos los que comunican á
«su lengua aquellos tesoros que encuentran escondi-
«dos en las extrañas?

«Así pues soy de dictámen, que un buen traduc-
«tor es acreedor á los mayores aplausos, á los ma-
«yores premios, y á las mayores aclamaciones; Pero
«¿qué pocos hay en este siglo, que sean acreedores
«á ellas! Nada convence tanto la dificultad que hay
«en traducir bien, como la multitud de traducciones
«que nos sufocan; ¡y cuán pocas son, no digo las
«que merezcan llamarse buenas, pero ni aún tole-
«rables! En los tiempos que corren, es desdichada
«la madre que no tiene un hijo traductor. Hay peste
«de traductores; pero casi todas las traducciones son
«peste; son unas malas y aún perversas traduccio-
«nes gramaticales, en que á buen librar queda tan
«estropeada la lengua traducida, como aquella en
«que se traduce; pues se hace de las dos un pata-
«borrillo, que causa asco al estómago francés, y dá
«ganas de vomitar al castellano. Ambos desconocen
«su idioma; cada uno entiende la mitad, pero nin-
«guno todo. Yo bien sé en qué consiste esto; pero
«no lo quiero decir.

«Lo que digo es, que en efecto los malos, los
«perversos, los ridículos, los extravagantes, los
«idiotas traductores son los que nos han echado á
«perder la lengua, corrompiéndonos las voces tanto
«como el alma: ellos son los que han pegado á nues-
«tro pobre idioma el mal francés, para cuya cura-
«ción no basta todo el mercurio preparado por la
«discreta pluma del discreto Farmacopola.

Unicum illum
Ulcera qui jussit castas tractare cæmenas.

«Ellos son los que han hecho, que ni aún en las con-

«versaciones ni en las cartas familiares ni en los es-
 «critos públicos nos veamos de polvo gálico, quiero
 «decir, que parece no gastan otros en la salvadera,
 «que arena de Loira, del Rona ó del Sena, segun
 «polvorean todo cuanto escriben de galicismo ó de
 «francesadas. Ellos son en fin los que debiendo em-
 «peñarse en hacer hablar al francés en castellano
 «(porque al fin esa es la obligación del traductor),
 «parece que intentan todo lo contrario, es á saber,
 «hacer hablar al castellano en francés, y con efecto
 «lo consiguen.

«En esto son más felices los traductores, que en
 «realidad son más desgraciados. Si por su dicha en-
 «contraron alguna obra curiosa, digna é instructiva,
 «con ella nos echan más á perder; porque cuanto
 «más curso tiene y mayor es su despacho, cunde
 «más el contagio y el daño es más extendido. Por
 «ahí hay cierta obra, que se comprende en ciertos
 «volúmenes, la cual sin embargo de ser problema
 «entre los sabios, si es más perjudicial que prove-
 «chosa, ha logrado no obstante un séquito prodigioso:
 «no hay librería pública ni particular, no
 «hay celda ni gabinete, no hay antesala ni apénas
 «hay estrado, donde no se encuentre, tanto que
 «hasta los perrillos de falda andan jugueteando con
 «ella sobre los sitios. Cayó esta obra en manos de
 «un traductor hábil y laborioso á la verdad, pero tan
 «presuroso para acabarla cuanto ántes, que la publi-
 «có á medio traducir, quiero decir, que la mitad de
 «ella la dejó en francés y la otra mitad la vertió en
 «castellano: olvidóse sin duda el presuroso traductor
 «de que siempre se da bastante prisa el que hace

«las cosas bien, y el que las hace mal haga cuenta
 «que las hizo muy de espacio. ¿Y qué sucedió? lo que
 «llevo ya insinuado; como estos libros se han hecho ya
 «de moda en toda España, como los leen los doctos,
 «los leen los semisabios, los leen los idiotas y hasta las
 «mujeres los leen; y como todos encuentran en ellos
 «tantos términos, tantas cláusulas, tantos arranques
 «y aún tantos idiotismos franceses, que jamás habian
 «hallado en las obras más cultas y más castizas de
 «nuestra lengua, que juzgan que esta sin duda es la
 «moda de la Côte, y encaprichados en seguirla,
 «como la siguen en todo lo demás, unos por no pa-
 «recer ménos instruidos, y otros por ser monos ó
 «monas, apénas aciertan en la conversacion con una
 «cláusula, que no parezca fundida en los moldes de
 «Paris.

«Pocos dias ha, que hablando con cierta dama,
 «me espetó esta gerigonza: *Un hombre de carácter*
 «*tuvo la bondad de venirme á buscar á mi casa de*
 «*campaña, y por cierto, que á la hora me hallaba yo*
 «*en uno de los apartamientos que est'n á nivel con el*
 «*panderete; porque como el pavis es de bello mármol,*
 «*y el depósito de la gran fuente cae debajo de él, so-*
 «*bre lograrse el más bello golpe de vista, hace una*
 «*estancia muy cómoda contra los rigores de la esta-*
 «*cion. Este hombre de calidad estaba penetrado de*
 «*dolor, por cuanto habiendo arrestado á un hijo su-*
 «*yo, haciéndole criminal de no sé qué prendidos deli-*
 «*tos, que todo se reducía á unas puras bagatelas y*
 «*venía á suplicarme tumiese con él la complacencia de*
 «*interponer mi crédito con el ministro, para que se*
 «*levantase el arresto. Iba á proseguir, y no teniendo*

«paciencia para sufrir tanta algarabía, la pregunté,
«si sabía la lengua francesa. *Perdone V. señor ma-*
«*gistral, me respondió al punto, no estoy iniciada*
«*aún en los primeros elementos de este idioma todo*
«*amable. ¿Pues cómo habla V. tan elegante francés*
«*en castellano? ¡Ah, señor magistral! estoy leyendo*
«*la historia de..... que es un encanto.*

«Ya me lo daba á mí en el corazon (repliqué yo);
«esta historia es sin duda una de las más extraordi-
«narias obras, que hasta ahora se han emprendido,
«y como no hay pueblo ni rincon en España donde
«no se lea con ansia, tampoco le hay donde no se
«haya pegado más ó ménos el contagio francés de
«que adolece. Este ha inficionado con mucha espe-
«cialidad á las mujeres inclinadas á libros. Como casi
«todas se hallan destituidas de aquellos principios
«que son necesarios para distinguir lo bueno de lo
«malo, y como casi todas son inclinadas á noveda-
«des, han encontrado mucha gracia en las voces, en
«las frases, en las transiciones, y en los modos de
«hablar afrancesados, que hierven en dicha traduc-
«cion, y no es creíble el ansia con que les han
«adoptado.

«Sucede á nuestras damas españolas con la lengua
«francesa, lo que sucedió á las latinas ó toscanas
«con la griega. Teníase por vulgar, la que no empe-
«draba de griego la conversacion, y llegó á tanto la
«extravagancia, que entre ellas no se reputaba por
«linda la que no pronunciaba aún el mismo latin con
«el acento ó dialecto ático. Todo lo habian de hacer
«á la griega, hablar, vestir, tocarse, comer, cantar,
«reír, asustarse, enojarse, en una palabra, afecta-

«ban el aire griego en todos sus gestos, acciones y
«movimientos. ¿Y esto de qué nació? no solo del
«comercio de los griegos con los latinos, sino prin-
«cipalmente del desacierto de algunos traductores
«latinos, que por ignorancia ó por capricho se empe-
«ñaron en latinizar una infinidad de nombres grie-
«gos. Cayóles esto muy en gracia á las damas, hicie-
«ron moda de la extravagancia, y dieron motivo á
«Juvenal, para que justamente se burlase de ellas,
«en la sátira sexta cuando dijo el verso 135:

Quædam parva quidem, sed non toleranda maritis.
Nam quid rancidius, quàm quod se non putat ulla
Formosam, nisi quæ de Thus: à Græcula facta est?
De Sulmonensi mera Cæcropis? Omnia græce,
Cum sit turpe magis nostris nescire latine.
Hoc sermone pavent, hoc iram, gaudia, curas,
Hoc cuncta effundunt animi secreta. ¿Quid ultra?
Concumbum græce. Dones tamen ista puellis.

«Si no temiera, que V. se habia de ofender, añadí
«á dicha señora, la recitaria una glosa no del todo
«desgraciada, que cierto amigo mio hizo de este tro-
«zo de Juvenal, aplicándole á nuestras damas espa-
«ñolas ciegameamente apasionadas por cuanto ven, oyen,
«leen, con tal que venga de la otra parte de los Piri-
«neos. *No me haga V. la injusticia de tenerme por*
«*tan delicada, respondió la dama, y así puede V. re-*
«*citar con toda libertad de espíritu ese pasaje. Pues*
«con licencia de V., continué yo, la glosa de mi ami-
«go sobre nuestras españolas, dice así:

Otros defectos tienen no crecidos;
Mas serán unas bestias sus maridos
Si los sufren y callan;

Pues cuando piensan se hallan
 Con mujer andaluza ó castellana:
 Sin sentir de la noche á la mañana
 Se les volvió francesa,
 Por cuanto dicen que la meda es esa.
 Amaneció contenta con su Doña,
 Y acostóse madama de Borgoña.
 Pues aunque su apellido es de *Velasco*,
 Comenzó á causarle asco,
 Cuando supo, que en Francia las casadas
 Están acostumbradas
 A dejar para siempre su apellido,
 Por casarse aun así con el marido;
 Y suelen ser más fieles con el nombre,
 Las que ménos lo son con el buen hombre.
 La que nació en Castilla,
 Aunque sea la nona maravilla,
 No se tiene por bella,
 Mientras no hable, como hablan en Marsella.
 La extremeña, manchega y campesina
 Afecta ser de Orleans. La vizcaina
 Entre su *Yaincoa*, y *El checo Andrea*
 Nos encaja un *Monsieur de Goicochea*.
 Muypreciadas de hablar a lo extranjero,
 Y nosaben su idioma verdadero.
 Yo conocí en Madrid una condesa,
 Que aprendió á estornudar á la francesa;
 Y porque otra llamó a un criado *chulo*,
 Dijo, que aquel epíteto era nulo,
 Por no usarse en París aquel vocablo;
 Que otra vez le llamase *pobre diablo*:
 Y en haciendo un delito cualquier paje,
 Le reprendiese su *libertinaje*.
 Una mujer de manto.
 No ha de llamar al Papa el Padre Santo,
 Porque, cuadro ó no cuadro,
 Es más francés llamarle el *Santo Padre*.
 Para decir que un libro es muy devoto,
 Diga, que tiene *uncion*, y tendrá voto.
 De todas cuantas gastan expresiones,
 Necesitadas de tomar unciones.
 Al nuevo Testamento,
 (Este es aviso del mayor momento)

Llevarle así, es ya muy vieja usanza,
 Llámase, á la *derniere*, nueva alianza.
 Al concilio de Trento ó de Nicea,
 Désele siempre el nombre de *asamblea*;
 Y si se quejan de esto los malteses,
 Que vayan con la queja á los franceses.
 Logro la dicha, es frase ya perdida,
Tenge el honor es cosa más valida.
 Las honras que V. me hace es desacierto;
 Las honras se me harán despues de muerto.
 Llamar á un pisaverde, *pisaverde*
 Noy ha mujer que de tal nombre se acuerde,
Pelímetre es mejor y más usado,
 O por lo ménos más afrancesado.
Ya hice mis devociones,
 Porque ya cumplí con ellas; ¡que expresiones
 Tan cultas y elegantes!
 Y no decir como decían ántes,
Ya rezé, frase baja, voz casera.
 Sufrible solo en una cocinera.
Tiene mucho de honrada; no hay dinero
 Con que pagar este lenguaje, pero,
 Decir á secas, que es mujer honrada,
 Gran frescura; ¡valiente pampinglada!
 Doña fulana es muy amiga mia,
 Esto mi cuarta abuela lo decia,
 Pero *ella es la mejor de mis amigas*,
 ¡O que expresion! parte migas
 El alma en la dulzura
 De esta almibaradísima ternura.
 Voy á jugar mañana
 Es frase chavocana;
A una partida he de asistir de juego
 Se ha de decir, y luego
 Se ha de añadir, *Ormazá*
Tambien á otra partida vá de caza.
 ¡O Júpiter! ¿para cuándo son tus rayos?
 Si esto es ser cultos, más vale ser payos.

« Todo esto recité á la tal señora mia, porque ya entónces lo sabia de memoria como ahora, y sin hablar más palabra, levanté la visita, y la dejé á mi

« parecer, sino del todo enmendada, á lo ménos un
 « poco corregida, y no tan satisfecha de sus traduc-
 « ciones esguizaras ó mestizas, que nos han afrance-
 « sado nuestro purísimo y elegantísimo idioma, tanto
 « que si ahora resucitaran nuestros abuelos, apenas
 « nos entenderían. Y por no disimular, sepa V., que
 « el autor de aquella satirilla es este señor eclesiásti-
 « co, mi compañero y amigo, canónigo de mi santa
 « iglesia. » Y al decir esto señaló con el dedo á don
 Bartolomé, que no obstante su despejo, se sonrojó
 un poco si es ó no es.

Apenas le oyó el familiar, cuando sin libertad al
 parecer para otra cosa le echó los brazos al cuello, y
 exclamó todo alborozado. « ¡O, Señor D. Bartolomé!
 « ¿con qué su merced tiene *ingenio* para componer
 « unas *copras* en verso tan aventajadas? Ya me lo daba
 « á mí el corazón, *dende* que le oí en la mesa aque-
 « lla décima de diez pies, que me quedé aturrulla-
 « do. Bien haya su merced que tan bien *emplea* la
 « *habilencia* que Dios le ha dado en *golver* por el hon-
 « ra de nuestros traseros, y no *cagora* ha dado en
 « usarse una gerigonza, que en mi ánima jurada pa-
 « rece que todos hablan en latin. La postrera vez que
 « fui á *Vallauli*, á cosas de *Enquisicion*, ví á un *cre-*
 « *rigo* que dice que era de una cofradía, que se lla-
 « maba *Ansina*, como cosa de *Acamia*; el cual estuvo
 « *palrando* con un santo *enquisidor* más de una hora,
 « y aunque al parecer *palraba* en castellano, si le en-
 « tendia un *vocabro*, se me escapaban ciento. Bien
 « haya la madre, que le parió á su merced, y Dios le
 « dé mucha vida para *emplearse* en tan *guenas* obras. »

Como vió D. Cárlos, que no tenia de su parte al

auditorio, y que no habia que esperar se introdujese
 en Campazas el castellano á la *papillota*, temiendo
 por otra parte, que si duraba la conversacion, le ha-
 bían de hacer añicos aquellos patanes, que por tales
 reputaba él á cuantos no entraban en el lenguaje á la
 moda, levantó la visita, y con pretexto que tenia pre-
 cision de dormir aquella noche en la Bañeza, se ex-
 cusó á las muchas instancias que le hizo el magistral
 que pasase en su compañía; montó á caballo y prosi-
 guió su camino.